

EN POS DE LA “MOMIA DE LOS QUILMES”.
EXPEDICIONES DE EXPLORACIÓN ANDINÍSTICA (1984-1996).

por Antonio Beorchia Nigris

Durante doce años el C.I.A.D.A.M. organizó expediciones a los nevados de Chuscha, con el fin de ubicar el enigmático sitio en donde vecinos de Cafayate rescataron a principios de siglo, la llamada “Momia de los Quilmes” o “Reina del Cerro”.

Los resultados de las investigaciones y venturosas búsquedas realizadas por científicos, exploradores y andinistas, se publican por primera vez en un solo contexto, para facilitar su entendimiento y posible interpretación.

Cuatro expediciones en pos de una fosa vacía.

Entresaco, de viejas notas, lo esencial.

La primera expedición la realizamos en julio de 1984 –pleno invierno para el hemisferio Sur– con la idea de alcanzar las cumbres de Chuscha encarándolas por su flanco Norte.¹

Desde la villa de Angastaco, asaz hermosa, rumbeamos hacia el Sur, remontando el río Pukará hasta la estancia homónima.

Pukará –lo digo para que podáis tener una idea del lugar– es una estancia inmensa (tardamos tres días para recorrerla a pie en un solo sentido), cuyo casco se

¹ Esta primera expedición a los nevados de Chuscha organizada por el C.I.A.D.A.M. (San Juan), tenía por objeto dilucidar el enigma de la “Reina del Cerro” o “Momia de los Quilmes” como entonces se la conocía. Por aquellos años aún no habíamos descubierto su paradero: solo contábamos con un trabajo de Amadeo Rodolfo Siroli titulado “La Momia De Los Quilmes”, publicado en la ciudad de Salta en 1977, que nos enviara el Dr. Juan Schobinger juntamente con alguna folletería de la Casa Bustamante de Buenos Aires.

En esa oportunidad partimos desde la localidad de Angastaco, remontamos el río Pukará, y trepamos a la cima piramidal del Nev. Chuscha por su filo Nord-Este.

No existe acuerdo sobre la altura de la cumbre principal del Chuscha: el Instituto Nac. de Geología y Minería, en la Hoja 10e - Esc. 1:200.000, edición de 1967, le asigna **5.460** mts. s.m.; el I.G.M. - Hoja 2766-1, Esc. 1:250.000, edición 1988, da una altura sobre el mar de **5.512** metros; la misma institución, en su Hoja 2766-3, Esc. 1:100.000 señala para el cerro **5.415** metros s.m.. Esta confusión altimétrica tal vez se deba a la medición de cumbres diferentes –por parte de las citadas reparticiones– de los mismos nevados de Chuscha.

encuentra a unos 2.000 metros de altura. También posee unas 800 hectáreas de tierra fértil, roturada, que riegan con las aguas del río Pukará. Allí siembran el anís, el pimentón, el comino, las papas y toda clase de hortalizas.

En 1984 —no tengo datos actualizados— vivían desparramados a lo largo del río unas 350 personas, casi todos mestizos, con excepción de algunas familias de collas que vivían a gran altura. El propietario de tan dilatado feudo era por entonces el señor Andrés Rivadaneira, quien manejaba aquellas gentes con el mismo método paternal (para no decir “colonial”) que se acostumbró en Argentina hasta hace algunas décadas. Les facilitaba en efecto casa, escuela, capilla, víveres, visita médica semanal, ropas y un pañuelo de tierra para sus necesidades. Lo que nunca les daba era dinero (que por otra parte no habrían sabido donde gastar).

Cruzamos fortalezas indígenas, antiguas huertas cercadas con muros a seco, bosques sin sombra de estilizados cardones, hatos de cabras y más arriba de llamas, hasta alcanzar el reino de los collas. Fueron tres días de constantes sorpresas antes de alcanzar el nevado Chuscha, sobre cuyas laderas instalamos un precario campamento base, entre iros punzantes y almohadilladas llaretas, a unos 4.000 metros sobre el mar.

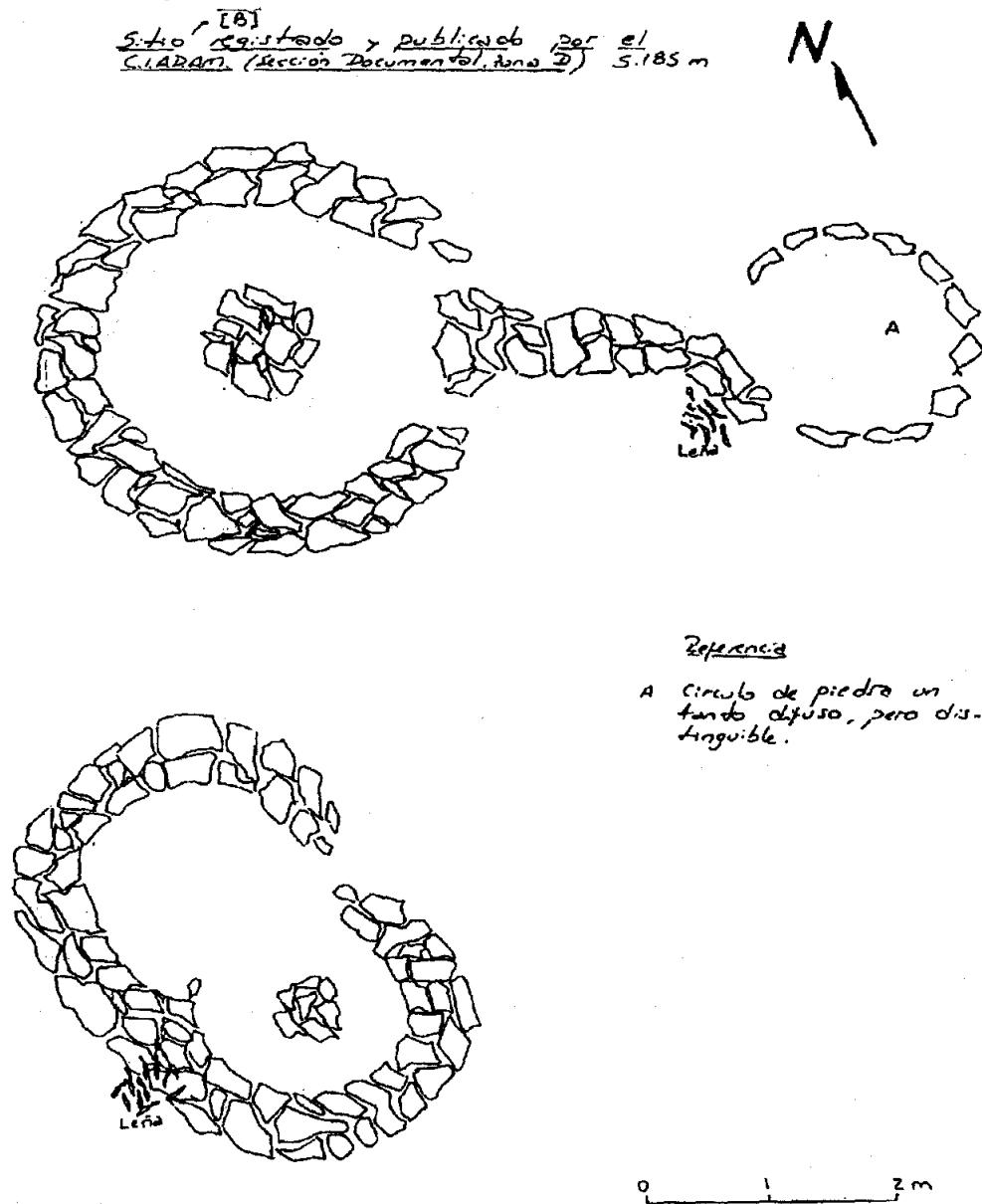
A pesar de los años nunca uno deja de aprender.

En esa ocasión nos engañó la plácidez del día y la apariencia suave de la montaña, por entonces muy poco nevada. Además nos engañó el altímetro que señalaba una altura superior a la real. Así, después de muchas horas de trepar en faldeo, caímos en la cuenta de que ese era un diablo de nevado, alto como el que más. Recién hicimos cumbre a las 15, a 5.468 metros sobre el mar. No corría una brisa; el sol brillaba y la vista espaciaba libre. Abrazamos a “Tigre”, nuestro guía indígena, mientras el perro “Quilguero” meneaba la cola a la espera de un cumplido por su hazaña.

Desde el interior de una pequeña pirca extrajimos los comprobantes de la única ascensión anterior, fechada 31 de diciembre de 1966 por socios del Club Andino Tucumán, para dejar en su reemplazo un documento con fecha 23 de julio de 1984, donde estampamos nuestros nombres.

Cuando emprendimos el regreso, descubrimos entre las rocas un viejo hueso de unos 10 cm. de largo, que dejamos en su lugar. Unos 60 metros de desnivel más abajo, ladera Noreste de la pirámide cumbre, existe una explanada natural de forma elíptica, de una hectárea —poco más o menos— de superficie, sobre cuyo borde Norte observamos

dos rústicas pircas circulares muy deterioradas, junto a una tercera apenas visible, construidas con lajones del lugar (sin desbastar), de unos tres metros de diámetro cada una, medidas externamente. Un murito se desprendía perpendicular desde una de las pircas; mide cinco pasos de largo y su altura no pasa de 40 centímetros. Sobre el suelo pedregoso, junto mismo a las pircas, había dos montículos de leña para arder, sumando en total escasos kilogramos.



Estructuras pircadas halladas por A. Beorchia en su expedición de 1984. (Sitio B. del Plano).
 (Dibujo C. Vitry)

Cincuenta metros de desnivel más abajo vimos una explanada natural de quizás media hectárea, con tres rústicas pircas indígenas y algunos kilos de leña en su centro.

El sitio de donde se extrajo la "reina" no lo encontramos, como tampoco el escurridizo "momio". (Una supuesta segunda tumba).

Segunda expedición (1992)

Ocho años después, con nuevos compañeros –pues nadie aguanta ir más de una vez en pos de una fosa vacía– intentamos la búsqueda desde el flanco Sur de la cordillera Catreal.

La huella que sube hasta el poblado de La Hoyada se desprende de la ruta nacional N° 40 frente mismo a los médanos del Arenal, donde existe una solitaria capillita distante 15 km. de Punta de Balasto. En su primer tramo el extenso valle del Cajón –que corre de Sur a Norte– es plano, ancho, rodeado de arenales y cubierto de vegas salitrosas. Lo cruza desde sus nacientes el río Santa María, conocido además por otros nombres según la porción del valle que transita (río Saladillo, Toroyacu, Cajón, Ovejería y Suri Ciénaga). Tanto éste como los famosos valles Calchaquíes fueron asiento de importantes culturas indígenas (Aguada, Santa Mariana, Quilmes y otras), hasta dar lugar a la culturización incaica, seguida por la hispana.

Hoy lo habitan mestizos o criollos, cuya actividad principal es la agricultura de subsistencia junto a la cría a campo abierto de vacunos, ovinos, caballares, asnales y camélidos. Existen puestos desparramados a lo largo de todo el valle, además de algunos caseríos o pequeñas villas. En vehículo se puede alcanzar San Antonio del Cajón, desde donde se prosigue por senda de herradura dos jornadas cortas.

El día 25 de noviembre de 1992 hicimos noche a 4.000 metros, junto al último puesto habitado de la Ciénaga Grande. Eran dos chozas asaz bajas, a las cuales se accedía casi gateando a través de sendas puertitas de madera de cardón. Hallamos un solitario pastor de llamas, algo chiflado a causa de la extrema soledad, quien por momentos platicaba solo o reía sin motivo.

Dos días después, a las 4 de la madrugada, ya estábamos derritiendo nieve para el té.

Cuando sobre el horizonte apuntó una delgada vislumbre cobriza y la primer luz bañó las laderas del nevado, Rafael Joliat (un joven alpinista suizo) y yo nos pusimos en

marcha. Los demás habían abandonado la empresa el día anterior, a causa del soroche. No hacía frío, no corría una brisa.

Durante cinco horas trepamos por la áspera faz oriental del nevado Chuscha, entre pedrejones sueltos, acarreos, rocas meteorizadas, filos, rellanos y cortas cuchillas, hasta alcanzar la dorsal Sur de la Cordillera de Catreal. En realidad no se trata de una sola cima, sino de una serie de cuatro o cinco lomas, la más alta de las cuales presenta una superficie de varias hectáreas casi planas, cubiertas de rocas meteorizadas y de espeso cascajo suelto. A la sazón había algo de nieve amontonada en las hoyadas, que revisamos metro a metro sin descubrir señal del sitio de donde se extrajo la "reina". Pero hicimos otro hallazgo: unos 500 metros hacia el Noroeste de este lugar, sobre un suave lomo secundario con vista a los valles del río Grande o Guasamayo, encontramos un fogón o "altar" circular de 1,20 metros de diámetro, construido con toscas piedras del lugar, superpuestas sin mucho orden hasta una altura de 50 centímetros. En su porción superior contenía varios trozos de leña aparentemente de algarrobo², largos 40-60 centímetros y de diámetro variable (desde una a tres pulgadas). Otros pedazos de madera estaban dispersos alrededor del "altar" o fogón, juntamente con varios huesos y dos patas —delantera y trasera— del que probablemente fue un venado andino. (Así lo asegura Don Vicente Escalante, nuestro baquiano).

En el centro del fogón, bajo la misma leña, encontramos cenizas con carbonilla mezcladas a tierra. Seguía una rústica laja horizontal, casi cuadrangular, de 50 x 60 centímetros y tal vez dos pulgadas de espesor, que cumplía funciones de mesada para quemar sobre ella las ofrendas.

Cuando removimos dicha laja, encontramos un relleno de tierra congelada hasta alcanzar el piso original. Allí apareció una laminilla triangular de oro³ junto a una sustancia anaranjada, semejante a valva marina spondylus pulverizada, juntamente con pequeños trozos del mismo material.

La jornada fue de 14 horas de marcha ininterrumpida.

² El fechado de una muestra de madera del "altar" de los nev. de Chuscha, ubica este sitio entre los años 1510 y 1660 AD. Ver capítulo respectivo en el presente volumen.

³ La pequeña lámina de oro es de forma casi triangular, de un cm. de lado poco más o menos; a considerar por las irregularidades de sus lados, debió ser cortada manualmente desde una lámina mayor. Su peso no supera el gramo (0,85 grs. aprox.).

Tercera expedición (1993).

Esta vez encaramos los nevados por el flanco Este, partiendo a caballo desde Cafayate, para trepar la empinada y verde cuesta del Alisal hasta el puesto de Quesería, a 3.100 metros sobre el mar. Las sierras y filos de la Quesería son bastante vegetados, con cardones, algarrobos, talas, garabatos y demás árboles en las zonas bajas; siguen luego manchones de alisos hasta los 2.800 m., para dar lugar más arriba a los extensos pastizales.

Noche en Quesería, entre nieblas y llovizna; nueva noche en Las Juntas a 3.900 metros –previo paso por el “Real de Tolombón”– donde fuimos atendidos con la deferente hospitalidad de los puneños. Se nos facilitó alojamiento, cama, comida, sin pedir nada a cambio ni averiguar quiénes éramos. Nos destinaron una piecita ciega, atestada con cueros de llama, catres y herramientas. Un candil alumbraba apenas el interior. La única puerta construida con madera de cardón, tenía muy alto el umbral, a la vez que muy bajo el dintel, donde indefectiblemente “alguien” golpeaba... la frente al pasar. Huelga decir que las risotadas y los comentarios picantes siempre coreaban las lamentaciones del infortunado.

Aguas abajo de Las Juntas, un notable abanico de arroyos forma el río Ovejería, que da vida al poblado de San Antonio del Cajón antes de desembocar en los desérticos valles Calchaquíes.

El 16 de diciembre de 1993 nuestra pequeña columna de jinetes e infantes remontó el río Chuscha para finalmente rumbear hacia el nevado. Acampamos a 4.700 metros junto al último nacedero conocido con el sugestivo nombre de “Botibendito”, cuya etimología no conseguí desentrañar.

Espesas nieblas dejaban caer todo alrededor una garúa helada, finita, silenciosa, que empapaba poco a poco los equipos. Resultó difícil encender fuego con los escasísimos “cuernos” del lugar, y aún más trabajoso asar dos trozos de cordero. Mientras cenábamos recordé que fue en “Botibendito” donde primeramente alojaron los descubridores de la “reina” allá por 1920.

Pasamos la noche humedecidos por espesas nieblas, mientras los caballos merodeaban junto a uno y la escarcha se amontonaba sobre las bolsacamas.

Partimos al amanecer. Fue un ascenso fácil, sin viento, con una agradable temperatura “para interiores” de 3 grados bajo cero y un mar de nubes a nuestros pies. Por más que registramos palmo a palmo todas las cumbres y filos tampoco esta vez

encontramos el sitio del enterratorio. Desde las ruinas observadas en 1984 rescatamos algunos trozos de madera.

Cuarta expedición: el final esperado (1996).

La meta no fue el nevado Chuscha, sino el cerro Pabellón de 5.100 metros según mapa, y 4.700 según altímetro (altura más probable). En esta oportunidad participamos 8 miembros de diferentes instituciones y clubes de montaña, incluido el prof. J. Schobiger. Tres de los participantes –una vez subido el Pabellón, que no proporcionó hallazgos– prosiguieron hacia los nevados de Chuscha, entre nieblas y nevisca.

Y bien: fueron el profesor y renombrado andinista salteño Christian Vitry, la joven arqueóloga porteña María Constanza Ceruti y el cafayateño Alberto Casimiro Valderrama, quienes al fin re-descubrieron el sitio donde se extrajo la “reina” hacia 1920.⁴ Un hoyo no muy profundo, unos muritos, algo de leña: he ahí el tan buscado sitio, ubicado sobre la planicie de una precumbre al Norte del nevado de Chuscha. Todo concuerda, incluida la foto de época (año 1929) en que Juan Bühler subió a buscar el famoso y nunca hallado “tesoro del Inca”.

De manera que nuestro peregrinar de tantos años para resolver el último enigma de la “Reina del Cerro”, tuvo un final soso, apocado, sin el brillo que una historia tan interesante se merecía...

⁴ Ver capítulo respectivo de C. Ceruti en este volumen.

En pos de la "momia de los Quilmes"



Figura 1. Al pie de la cumbre máxima del Nevado de Chuscha se hallan las pircas y la leña descubiertas por A. Beorchia en su primera expedición (1984). Correspondería al sitio B del plano, aprox. 5300 m.

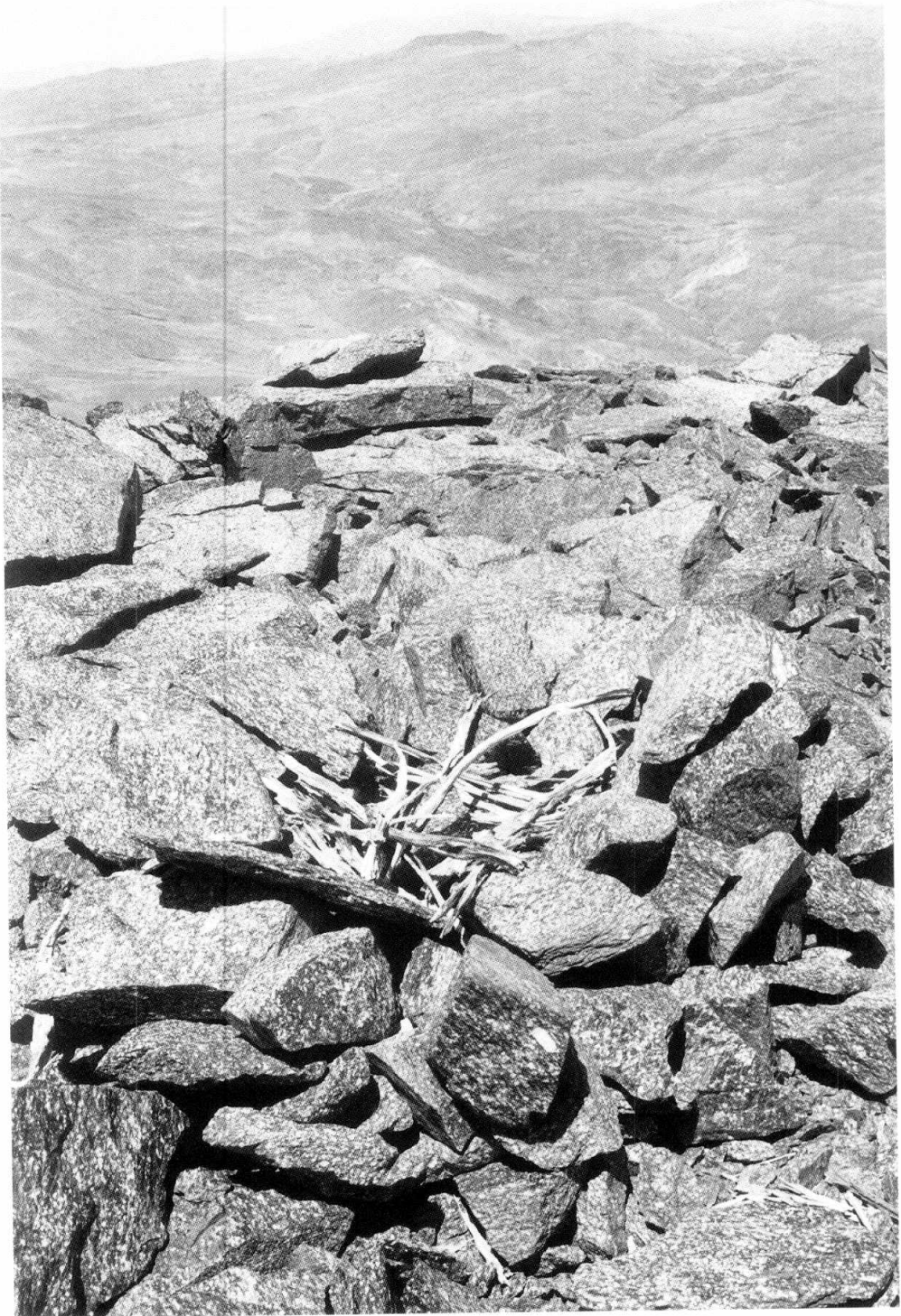


Figura 2. El "altar" de los Nevados de Chuscha, con vista hacia los valles del Río Grande o Guasamayo. (Sitio descubierto en la expedición de 1992).



Figura 3. Nevado de Chuscha Sur: Laminilla de oro y probables trozos de valva marina (Spondylus), del "altar" descubierto en 1992.



Figura 4. Patas y huesos de un venado andino, recolectados junto al "altar" de los Nevados de Chuscha.